

Quedé muy confuso y sin saber aquello que el rey quería decir; y estándome así quedo, el rey otra vez replicó casi airado las mismas palabras. Entonces respondí que me llamaba de nombre Bienvenido. Y dijo el rey:

—Pues entonces, si sois aquel Bienvenido de quien tengo noticia, obrad según vuestra costumbre, que para hacerlo os doy plena licencia.

Dije á Su Majestad cómo me bastaba sólo con mantenerme en su gracia, pues del resto no conocía yo cosa alguna que pudiera ser en mi daño. Sonriéndose el rey un poquito con sorna, dijo:

—Andad, pues, y mi gracia nunca os faltará.

En seguida me asignó á un primer secretario suyo, el cual se llamaba monseñor de Villeroi (1), para que diese órdenes de hacerme proveer y acomodar en todas mis necesidades. Este Villeroi era muy grande amigo de aquel gentilhombre llamado el preboste, de quien era el susodicho lugar de Nesle.

Este lugar era de forma triangular, y estaba pegado á los muros de la ciudad, y era un antiguo castillo, mas no había guardia en él; era bastante grande. Aqueste referido monseñor de Villeroi me aconsejaba que buscase yo cualquiera otra cosa, y que lo abandonase de todos modos; porque aquel de quien era, hombre de grandísimo poder era, y de seguro me habría hecho matar.

(1) Nicolás de Neufville, señor de Villeroi.

A lo cual respondí cómo había yo ido de Italia á Francia sólo por servir á aquel portentoso rey; y en cuanto al morir, estaba cierto que de morir había, y un poco antes ó un poco después no se me importaba un bledo. Este Villeroi era hombre de grandísimo ingenio y admirable en todas sus cosas, inmensamente rico; no había en el mundo cosa que él no hubiese hecho por molestarme, mas no lo demostraba nada; era persona grave, de hermoso aspecto, hablaba despacio.

Dió comisión á otro gentilhombre, que se llamaba monseñor de Marmaña (1), quien era tesorero de Lenguaudoc. Aqueste hombre, la primera cosa que hizo fué escoger las mejores estancias de aquel lugar y hacer acomodarlas para él; al cual dije que aquel lugar me lo había dado el rey para que le sirviese, y que allí no quería que habitasen otros sino yo y mis servidores. Este hombre era soberbio, audaz, animoso, y me dijo que quería hacer cuanto le pluguiese, y que yo pegaba con la cabeza en la pared queriendo obrar en contra de él, y que todo aquello que él hacía había tenido comisión de Villeroi para poderlo hacer. Entonces dije que yo había tenido comisión del rey para que ni él ni Villeroi pudieran tal cosa hacer.

Cuando pronuncié estas palabras, aqueste hombre soberbio díjome en su lengua francesa muy feas palabras; á las cuales respondí en mi lengua, que mentía. Lleno de ira, hizo además de echar mano á una daga

(1) El señor de Marmagne Francisco L'Allemand.

suya pequeña; por lo cual puse mano á una daga mía grande, que de contino llevaba yo en el cinto para mi defensa, y le dije:

—Si te atreves á desenvainar aquella arma, te mato en el acto.

Él llevaba consigo dos servidores y yo tenía conmigo mis dos jóvenes; y mientras que dicho Marmaña estaba así en guardia sin saber qué hacerse, pero más presto inclinado al mal, decía gruñendo:

—Jamás toleraré tal cosa.

Veía yo que la cosa iba tomando mal camino, por lo que súbito me resolví, diciendo á Paulo y Ascanio:

—Cuando veáis que yo desenvaino mi daga, echaos encima de los dos servidores y matadlos, si podéis; porque á éste le mataré yo antes, y después nos iremos juntos á escape.

Al oír Marmaña esta resolución, le pareció lograr bastante con salir vivo de aquel lugar. Todas aquestas cosas, aun cuando un poco más modestas, se las escribí al cardenal de Ferrara, quien de seguida se las dijo al rey. Irritado el rey dióme en custodia á otro de aquellos bribones suyos, el cual se llamaba monseñor el vizconde de Orbech. Aqueste hombre, con tanta afabilidad cuanta imaginarse pueda, proveyó á todas mis necesidades.

XIV.

Aviado que hube del todo la casa y el taller, dejálos acomodadísimos para poder valerme, y magníficamente de la casa en mi servicio, en seguida puse manos á la obra de hacer tres modelos, tamaño exacto de como habían de ser de plata: aquestos fueron Jove y Vulcano y Marte.

Hícelos de tierra, muy bien armados de hierro; después me fuí á ver al rey, quien me hizo dar, si mal no recuerdo, trescientas libras de plata á fin de que comenzase yo á trabajar. Mientras que yo ponía en orden aquestas cosas, se acababan el vasito y la fuente ovalada, los cuales se llevaron algunos meses. Acabado que los hube, los hice dorar muy bien. Esta pareció la más bella obra que viérase nunca en Francia. En seguida los llevé al cardenal de Ferrara, quien me lo agradeció bastante; después los llevó sin mí al rey, é hizole de ellos presente.

El rey lo estimó en mucho y loóme más desmesuradamente que nunca se loase á un hombre tal como yo. Y por aqueste presente dió al cardenal de Ferrara una abadía de siete mil escudos de rentas, y á mí quiso regalarme, lo cual impidió el cardenal, diciendo á Su Majestad que eso era demasiado presto, no habiéndole aún dado ninguna obra. Y el rey, que era liberalísimo, dijo:

—Pues por eso quiero yo darle ánimos, para que me las pueda dar.

Avergonzándose con esto el cardenal, dijo:

— Señor, os ruego que me dejéis obrar á mí, pues yo le pasaré una pensión de trescientos escudos á lo menos, tan presto como hubiere yo tomado posesión de la abadía.

Jamás llegué yo á tenerla, y serían demasiado largas de contar si quisieran referirse las diabluras de aqueste cardenal; mas, quiero reservarme para cosas de mayor importancia.

XV.

Tornéme á París. Con tantos favores como el rey me hizo, era yo admirado por todos. Tuve la plata y comencé la susodicha estatua de Júpiter. Tomé muchos ayudantes, y con grandísima solicitud no dejé nunca de trabajar día y noche; de modo que, habiendo concluído en barro Jove, Vulcano y Marte y comenzado á adelantar bastante bien el Júpiter de plata, mostrábase ya el taller muy rico.

En esto compareció el rey en París; fuí á visitarle; tan presto como vióme Su Majestad, afablemente me llamó, y me preguntaba si en mi mansión había algo bello que mostrarle, pues iría hasta allí. Por lo cual referíle todo aquello que había yo hecho.

En el acto avínole grandísimo deseo de ir allá; y después de su almuerzo dió esas órdenes á madama de Etampes, al cardenal de Lorena y algunos otros de aquellos señores, cuales eran el rey de Navarra, cuña-

do del rey Francisco, y la reina hermana del dicho rey Francisco; y también fueron el Delfín y la Delfina; tantos hubo, que aquel día fué toda la nobleza de la corte (1). Yo estaba preparado en casa y me había puesto á trabajar. Cuando el rey compareció en la puerta de mi castillo, al sentir golpear tantos martillos, mandó que todos fueran quedos; en mi casa cada cual estaba en su trabajo, de modo que me encontré con el rey junto á mí cuando aún no le aguardaba.

Entró en mi salón, y lo primero que vió fué á mí con una gran plancha de plata en la mano, la cual servía para el cuerpo del Jove; otro hacía la cabeza, otro la pierna, de modo que el ruido era grandísimo. Mientras que yo trabajaba, tenía en torno mío un chicuelo francés, el cual me había hecho no se qué pequeña trastada, y por ello le había yo dado una patada; y por mi buena suerte entrando el pie en la juntura de los muslos, habíalo empujado hacia adelante más de cuatro brazas; de modo que al entrar el rey se le echó encima este muchacho, con lo que se rió grandemente el rey y quedé yo muy confuso.

Comenzó el rey á interrogarme sobre aquello que

(1) Los citados personajes eran: Ana de Pisselen, duquesa de Etampes y favorita de Francisco I; Juan de Lorena, hijo del duque Renato II, hecho cardenal en 1518; Enrique II de Albret, rey de Navarra, conde soberano del Bearnesado y de Foix; Margarita de Valois, reina de Navarra, autora de las licenciosas novelas del *Heptameron*, imitando al *Decamerone* de Boccaccio; Enrique, hijo segundogénito de Francisco I, á la sazón Delfín y luego rey de Francia (Enrique II); y Catalina de Médicis, la Delfina, su esposa.

hacia yo, y quiso que trabajara; luego me dijo que le causaría mucho más placer no fatigándome nunca, sino tomando cuantos hombres quisiese para hacer á éstos trabajar, pues quería que yo me conservase sano para poderle servir más largamente. Respondí á Su Majestad, que en el acto enfermaría si yo no trabajase, y tampoco las obras serían de tal suerte como deseaba yo hacerlas para Su Majestad. Pensando el rey que lo que yo decía fuese dicho por jactancia y no por ser la verdad, hizo que se lo repitiese al cardenal de Lorena, á quien manifesté tan amplias y claras mis razones que de ellas quedó convencidísimo; por ese motivo convenció al rey de que me dejase trabajar poco ó mucho, según mi voluntad.

XVI.

Quedó satisfecho de mis obras el rey; tornóse á su palacio, y me dejó colmado de tantos favores, que sería largo el decirlos. El siguiente día, á su almuerzo, me mandó llamar. Estaba presente el cardenal de Ferrara, que comía con él. Cuando llegué, aún estaba el rey en el segundo plato; al acercarme á Su Majestad, en seguida comenzó á conversar conmigo, diciendo que pues tenía tan hermosa fuente y tan bello jarro de mi mano, para acompañar á tales cosas apetecía un buen salero, y deseaba que le hiciese un dibujo, mas queríalo ver muy presto. Entonces repliqué:

—Vuestra Majestad verá mucho más presto ese di-

seño de lo que pide; porque mientras hacía yo la fuente, pensaba que, para acompañarla, se debía hacer el salero; y que tal cosa estaba hecha, y que si lo deseaba se la mostraría al punto.

El rey volvióse con mucha vivacidad, y dirigiéndose á aquellos señores, quienes eran el rey de Navarra, el cardenal de Lorena y el cardenal de Ferrara, les dijo:

—Aqueste es, en verdad, hombre para hacerse amar y desear por todo el que no le conozca.

Después me dijo que con sumo gusto vería el diseño que había yo hecho sobre tal cosa. Púseme en camino, y prestamente fui y volví, porque sólo tenía que pasar el río, esto es, el Sena (1); llevé conmigo un modelo de cera, el cual ya había hecho yo en Roma á petición del cardenal de Ferrara. Llegado que hube junto al rey, y descubierto el modelo, asombróse el rey, y dijo:

—Aquesta es cosa más divina cien veces de lo que jamás hubiera yo pensado. ¡Gran traza es la de aqueste hombre! Nunca debe abandonarse.

Después volvióse á mí con cara muy satisfecha, y me dijo cómo aquella obra placíale mucho y deseaba que yo se la hiciese de oro. El cardenal de Ferrara, que estaba presente, me miró á la cara y me hizo seña, como quien reconocía que aquel era el modelo que había yo hecho para él en Roma (2). Repliqué á esto, cómo ya

(1) El rey Francisco I habitaba el palacie del Louvre en 1540.

(2) Véase su descripción en los capítulos II y XXXVI del presente libro II.

había yo dicho que aquella obra haríala yo para quien debiera tenerla. Recordó el cardenal aquellas mismas palabras; por lo que, amostazado, parecióle que había querido yo vengarme, y dijo al rey:

—Señor, aqueste es un grandísimo trabajo, y por ese motivo no se me ocurriría sospechar nada más, sino que no creo verlo jamás acabado; pues aquestos hombres de ingenio que tienen tamaños grandes conceptos del arte, con mucho gusto les dan principio, sin considerar bien cuándo han de tener fin. Por tanto, al mandar hacerse aquestas grandes obras tales, quisiera yo saber cuándo las habría de recibir.

A esto respondió el rey, diciendo que quien buscase tan sutilmente el fin de las obras, no comenzaría jamás ninguna; y lo dijo de cierto modo, dando á entender que aquellas tales obras no son tarea de hombres de pocos ánimos. Entonces dije yo:

—Todos los príncipes que alientan á sus servidores, en el modo como lo hace y dice Su Majestad, vienen á facilitar todas las grandes empresas; y pues Dios me ha dado un tan maravilloso patrono, espero darle acabadas muchas grandes y portentosas obras.

—Tal creo yo, dijo el rey; y levantóse de la mesa.

Llamóme á su cámara, y me preguntó cuánto oro necesitaba para aquel salero.

—Mil escudos, contesté.

En seguida llamó el rey á un tesorero suyo, que se llamaba monseñor el vizconde de Orbech, y le mandó que sin demora me proveyese de mil escudos viejos de

buen peso, de oro. Al partirme de Su Majestad, mandé llamar á aquellos dos notarios que me habían hecho dar la plata para el Júpiter y otras muchas cosas, y pasado el Sena, tomé una pequeñísima esportilla que me había dado una prima hermana mía, monja, al paso por Florencia; que para mis intereses tomé aquella esportilla, y no un saquito. Y pensando concluir ese quehacer de día, porque aún era temprano, no quise distraer á mis ayudantes, ni tampoco me curé de llevar servidores conmigo.

Llegué á casa del tesorero, quien tenía los dineros ante sí, escogiéndolos tal y como el rey le había dicho. Por cuanto parecióme ver, aquel ladrón de tesorero hizo con arte por tardar hasta la tercera hora de la noche en contarme los antedichos dineros. Yo, que no anduve falto de diligencia, mandé llamar á varios de mis oficiales para que viniesen á hacerme compañía, porque era cosa de mucha importancia.

Visto que aquéllos no venían, pregunté á mi enviado si les había hecho mi embajada. Cierta ladronzuelo de servidor dijo que habíala hecho, y que ellos habían dicho no poder venir; y que él, con buena voluntad, me llevaría aquellos dineros. Díjele que los dineros quería llevarlos yo mismo. Mientras, habíase expedido el contrato. Conté los dineros, los metí todos en el esportillo, y después metí el brazo por las dos asas; y como entraban muy á la fuerza, quedó bien cerrado, y con más comodidad mía lo llevé que si hubiera sido un saquillo. Iba yo bien defendido con cota y mangas de ma-

llas; y con mi espada y el puñal en el cinto, prestamente me puse en marcha.

XVII.

En aquel instante vi ciertos servidores que, cuchicheando, partiéronse también presto de la casa, haciendo como si fuesen á tomar otro camino que el mío. Caminaba yo muy deprisa; pasado el puente del Cambio (1), iba por encima de un malecón del río, el cual me conducía á mi casa de Nesle.

Cuando llegué junto á los Agustinos (2) (lugar peligrosísimo, y aun cuando próximo á mi casa quinientos pasos, por hallarse las habitaciones del castillo casi otro tanto adentro, no se hubieran oído las voces aunque me hubiese puesto á llamar), resolvíme al momento en que me vi descubierto, echándome encima cuatro con cuatro espadas. Cubrí prestamente aquel esportillo con la capa, y echando mano á mi espada, viendo que aquellos con gran ahinco me cercaban, dije:

—A los soldados no puede quitárseles otra cosa sino

(1) *Pont-au-Change*. Aún no existían el *Pont-des-Arts* ni el *Pont-Neuf* (comenzado reinando Enrique III, en 1568), caminos hoy más cortos entre el Louvre y el Instituto (antiguo castillo de Petit-Nesle).

(2) *Quai des Augustins*. La iglesia y el convento de este nombre ya no existen, y en su lugar hubo después un mercado de aves, y hoy varias manzanas de casas particulares. Entre los puentes Neuf y Saint-Michel hay un malecón llamado *Quai des Orfèvres*, en memoria de CELLINI.

la capa y la espada; y aquésta, primero que yo os la dé, espero que la obtendréis con poca ganancia para vosotros.

Y combatiendo contra ellos animosamente, me descubrí varias veces á fin de que, si eran algunos de aquellos servidores que me habían visto coger el dinero, juzgasen con algún asomo de razón cómo yo no llevaba tal suma de dineros encima. La lucha duró poco, pues poco á poco se retiraban, é iban diciendo en su lengua:

—Aqueste es un bravo italiano, y en verdad no es el que buscábamos; ó si positivamente es él, no lleva nada encima.

Yo hablaba italiano, dando de continuo tajos y estocadas, con que alguna vez hice peligrar sus vidas. Y como siempre he manejado muy bien las armas, más juzgaban que fuese yo soldado que otra cosa; y reuniéndose juntos poco á poco se alejaban de mí, cuchicheando siempre en su lengua; mientras, seguía yo modestamente diciendo, que quien quisiera mi arma y mi capa no las lograría sin trabajo.

Comencé á apretar el paso, y ellos iban siempre detrás á paso lento; por lo cual, acrecióseme el miedo, pensando dar en alguna emboscada de otros tales como éstos, que me hubieran dejado en medio; de modo que, cuando sólo me faltaban cien pasos, emprendí carrera á todo escape y gritando en alta voz:

—Arma, arma; fuera, fuera, que me asesinan.

En el acto acudieron corriendo cuatro jóvenes con

cuatro lanzas; y queriendo seguir tras de aquéllos, que aún los veían, detúvelos, diciendo también á voces:

—Aquellos cuatro bellacos no han sabido, contra un hombre sólo, apoderarse de un botín de mil escudos de oro (1), los cuales me han roto un brazo. Así, pues, vamos primero á guardarlos, y después os acompañaré con mi mandoble adonde queráis.

Fuimos á guardar los dineros; y aquellos mancebos míos, condoliéndose mucho del gran peligro en que había yo estado, como reprendiéndome, decían:

—Os confiáis demasiado en vos mismo, y una vez nos vais á dar que sentir á todos.

Yo dije muchas cosas; ellos me respondieron también; huyeron mis adversarios; y nosotros, alegres y gozosos, cenamos todos, riéndonos de aquellas grandes priesas con que nos corre la fortuna, tanto en bien cuanto en mal; y no sorprendiéndonos, es como si nada hubiera pasado. Bien es verdad que se dice: aprende para otra vez. Mas aquesto no nos vale, porque siempre acude aquélla de diversas y no imaginadas maneras.

XVIII.

A la siguiente mañana di comienzo en seguida al gran salero; y con afán hacíamos adelantar aquélla y

(1) Mil quinientos duros de nuestra moneda, equivalentes hoy al doble.

las demás obras. Había ya tomado muchos ayudantes, tanto para el arte de la escultura como para el arte de la aurificería.

Eran estos oficiales italianos, franceses, tudescos, y en ocasiones tenía gran número de ellos, cuando los hallaba buenos; porque de día en día cambiaba, tomándolos entre los que sabían más; y hacíales trabajar de suerte que por la continua fatiga (al ver cómo hacía yo, que servíame un poco mejor mi complexión que á ellos), no pudiendo resistir el gran cansancio y pensando restaurarse con el beber y el comer bastante, algunos de aquellos tudescos que sabían más que los otros quisieron seguirme; mas no soportó su natura tales injurias, que les mataron.

Mientras que adelantaba yo en el Jove de plata, viendo que me sobraba mucha plata, puse mano sin que lo supiese el rey á hacer un vaso grande con dos asas, de la altura de braza y media cerca.

Entráronme también ganas de fundir en bronce aquel modelo grande que había yo hecho para el Júpiter de plata. Puesto manos á la obra en tal nueva empresa, la cual jamás había yo hecho, y hablando con ciertos viejos maestros de París, díjeles todos los modos que en Italia usábamos para llevar á cabo tal empresa.

Dijéronme aquestos cómo por aquella vía no habían marchado, mas que si les dejaba yo hacer conforme á sus usos, me lo darían hecho y vaciado tan limpio y hermoso cuanto era aquel de barro. Quise ajustarlo, dándoles aquesta obra para que la hiciesen; y les ofre-

cí otros tantos escudos más sobre el precio que me pidieron.

Pusieron mano á tal empeño; y viendo yo que no seguían por el buen camino, prestamente comencé un busto de Julio Cesar, armado, mucho mayor que el natural; que lo copié de un pequeño modelo que había yo llevado de Roma, copia de un busto antiguo maravillosísimo.

También puse mano á otra cabeza del mismo tamaño, retratando á una hermosísima mozueta que para mis deleites carnales tenía junto á mí. Puse á ésta por nombre Fontainebleau, el del sitio que había elegido el rey para su propia delectación. Después de hacer un magnífico horno para fundir el bronce, y de arreglar y cocer nuestras formas, ellos el Júpiter y yo mis dos cabezas, les dije:

—No creo que vuestro Júpiter os resulte, porque no le habéis dado por abajo tanto respiradero como baste para que salga el aire; por ese motivo perdéis el tiempo.

Contestáronme que si la obra suya no resultaba, me devolverían todos los dineros que les dí á buena cuenta y me indemnizarían todos los gastos perdidos; mas que mirase yo no sea que no me resultasen aquellos hermosos bustos que yo quería fundir á mi estilo de la Italia. Presenciaron aquesta disputa aquellos tesoreros y demás gentilhombres que por encargo del rey venfan á verme; y todo cuanto se decía y hacía, otro tanto contábase al rey. Aquestos dos viejos que querían fundir el Júpiter hicieron retrasar un poco el dar órdenes para

el vaciado; porque decían que hubieran querido acomodar aquellas dos formas de mis bustos, pues de aquel modo como yo lo hacía no era posible que resultasen, y era gran pecado perder tan hermosas obras. Habiéndolo sabido el rey, respondió Su Majestad que procurasen aprender y no tratasen de querer enseñar al maestro.

Pusieron aquellos con gran risa su obra en la fosa; y yo con firmeza, sin demostración alguna de risa ni de enfado (que lo tenía), puse mis dos formas dejando en medio el Jove; y cuando nuestro metal estuvo muy bien fundido, con grandísimo placer dimos salida á dicho metal, y llenóse muy bien el molde del Júpiter; al mismo tiempo llenáronse los moldes de mis dos bustos, de modo que ellos estaban alegres y yo contento, porque estimaba haber dicho las faltas de la obra de ellos, y éstos mostraban tener por muy cierto que habían dicho las faltas de la mía.

Sin embargo, á estilo francés pidieron con gran alborozo de beber; con mucho gusto les hice dar una rica colación; después pidiéronme los dineros que tenían que cobrar y aquellos de más que yo les había prometido. A esto repliqué:

—Os habéis reído de aquello, por lo cual mucho me temo que no tengais que llorar, porque he advertido cómo en aquel molde vuestro ha entrado mucho más material que el debido; por esa causa no quiero daros hasta mañana más dineros de aquellos que ya cobrásteis.

Comenzaron á considerar aquestos pobres hombres lo que habíales yo dicho, y sin responder nada se fueron de allí á casa. Venida la mañana, comenzaron en silencio á vaciar la fosa; y como no podían descubrir su gran molde sin sacar antes aquellos dos bustos míos, sacaron éstos, los cuales estaban muy bien, y los pusieron en pie de modo que muy bien se veían. Comenzando luego á descubrir el Jove, no habían profundizado aún dos brazas, cuando ellos, en union de cuatro ayudantes suyos, dieron tan grandes gritos, que hube de sentirlos. Pensando que fuesen gritos de alegría, púseme á correr, pues estaba yo en mi cámara á más de quinientos pasos de distancia. Al reunirme con ellos, los encontré de aquel modo como se representan los guardianes del sepulcro de Cristo, afligidos y espantados. Clavé los ojos en mis dos bustos, y al ver que estaban bien, compensé el placer con el desplacer; y ellos excusábanse, diciendo:

—¡Mala fortuna la nuestra!

A cuyas palabras respondí:

—Vuestra fortuna ha sido buenísima, pero lo que ha sido muy malo es vuestro poco saber; si yo os hubiese visto introducir en el molde el ánima (1), con una sola palabra os hubiera enseñado cómo habría salido muy bien la figura, de lo cual resultaba para mí muy gran-

(1) Se llama ánima en el arte del fundidor la forma sacada del modelo, que se introduce dentro del molde y se hace tanto menos voluminosa cuanto más gruesa haya de ser la capa de metal cuando se funda la estatua.

de honor y para vosotros mucho provecho; mas yo tengo excusa en mi honor, mientras que vosotros no habéis salvado el honor ni la utilidad; por ese motivo aprended otra vez á trabajar, y no aprendáis á burlaros.

Pidiéronme misericordia, diciendo que yo tenía razón; y que si no les ayudaba, pues tenían que pagar aquellos grandes gastos y aquel daño, veríanse forzados á mendigar juntamente con sus familias. A esto respondí que aun cuando los tesoreros del rey quisieran hacerles pagar lo que se habían obligado, prometíales yo pagarles de lo mío, por cuanto había yo visto verdaderamente cómo ellos hicieron de buena fe todo cuanto sabían.

Aquestas cosas aumentaron tanto la benevolencia de aquellos tesoreros y ministros del rey para conmigo, que fué imponderable. Todo se escribió al rey; el cual, liberalísimo como ninguno, mandó que se hiciese todo lo que yo decía.

XIX.

En esto llegó el portentosísimo valiente Pedro Strozzi (1); y recordando al rey sus cartas de naturalización, el rey mandó en el acto que fuesen hechas.

—Y á la vez que éstas dijo, haced también las de

(1) Hijo de Felipe Strozzi.

Bienvenido, *mi amigo* (1), y llevádselas en seguida á su casa de mi parte y dádselas libres de gastos.

Las del gran Pedro Strozzi le costaron muchos centenares de ducados; las mías me las llevó uno de aquellos primeros secretarios suyos, quien se llamaba señor Antonio Le Maçon (2). Este gentilhomme me trajo las cartas de parte de Su Majestad, con grandes muestras de asombro, diciendo:

—De aquestas háceos presente el rey, á fin de que con mayores ánimos le podáis servir: aquestas son cartas de naturalización.

Y me contó cómo al cabo de mucho tiempo y tras de muchos favores se las había dado á Pedro Strozzi á petición de éste; mientras que aquestas, por su propio impulso me las mandaba regalar, favor que jamás se había hecho en aquel reino.

Al oír tales palabras dí gracias al rey con grandes demostraciones; luego rogué á dicho secretario que tuviese la bondad de manifestarme qué querían decir aquellas cartas de naturalización. Aqueste secretario era muy ingenioso y noble y hablaba muy bien el italiano. Movióse al principio á grande risa; mas luego recobró la gravedad, y me dijo en mi lengua, esto es, en italiano, lo que significaban las cartas de naturali-

(1) En el original están escritas en francés estas dos palabras: *mon ami*.

(2) Secretario de la reina de Navarra: fúé quien primero tradujo al francés, á instancias de la misma, el Decamerone de Boccaccio, publicado en 1545.

zación, lo cual era una de las mayores dignidades que otorgarse pudieran á un extranjero; y añadió:

—Esto es aún mayor cosa que ser hecho gentilhomme veneciano.

Partióse de mí, tornóse al rey, refirióselo todo á Su Majestad, quien se rió una pieza, y luego dijo:

—Ahora quiero que sepa por qué le he mandado cartas de naturalización. Andad y hacedle señor del castillo de Petit-Nesle, donde habita, el cual es de mi patrimonio. Esto sabrá qué cosa es, mucho más fácilmente de lo que ha sabido qué cosa eran las cartas de naturalización.

Vino á verme un enviado con dicho presente, por lo cual quise hacerle un obsequio. No quiso aceptar nada, diciendo que era esto comisión de Su Majestad. Dichas cartas de naturalización, juntas con las del regalo del castillo, cuando vine á Italia trájelas conmigo; y á cualquiera parte que vaya y donde termine la vida mía, allí me ingeniaré por guardarlas (1).

XX.

Ahora seguiré adelante en mi comenzado discurso de mi vida. Teniendo entre manos las obras antedichas, esto es, el Jove de plata ya empezado, el referido sale-

(1) El primero de estos dos preciosos documentos (á saber, las cartas de naturalización) existe todavía y lleva la fecha de Julio de 1542.

ro de oro, el mencionado gran vaso de plata y las dos cabezas de bronce, con grandes prisas en esas obras trabajábase. También dí órdenes para fundir el pedestal de Júpiter, que hice de bronce con suma riqueza, lleno de adornos, entre los cuales esculpí en bajo-relieve el rapto de Ganimedes, y á la otra parte puse á Leda y el Cisne; lo fundí en bronce y salió muy bien. Además hice otro semejante para poner encima la estatua de Juno, esperando comenzar también aquesta si el rey me daba la plata necesaria para poderse hacer tal cosa.

Trabajando con ahinco, había armado yo el Júpiter de plata y también el salero de oro. El vaso iba muy adelantado, y los dos bustos de bronce estaban ya concluídos. También había hecho varias obritas al cardenal de Ferrara; además un vasito de plata magníficamente trabajado, para donárselo á madama de Etampes. A muchos señores italianos, como el señor Pedro Strozzi, el conde de la Anguillara, el conde de Pitigliano, el conde de la Mirandola (1) y otros varios, habíales hecho muchas obras.

Volviendo á mi gran rey, según he dicho, habiendo adelantado muchísimo en sus obras, regresó por aqueste tiempo á París, y al tercer día fué á mi casa con gran

(1) Duda Carpani si este conde de la Anguillara era Carlos, hijo bastardo de Virginio Orsini, ó su hijo Virginio ó Flaminio Anguillara de Stabbia. También duda si el conde de Pitigliano sería Juan Francisco Orsini (de familia diversa de la anterior), ó su hijo Nicolás.—Según Brunone Bianchi, era duque de la Mirandola Galeoto Pico, hijo de Luis.

número de la mayor nobleza de su corte, y asombróse mucho de tantas obras como tenía yo por delante y á tan buen término llevadas. Y estando con él su favorita madame de Etampes, comenzaron á conversar acerca de Fontainebleau. Madama de Etampes dijo á Su Majestad que debiera encargarme que hiciese algo bueno para ornamento de su Fontainebleau. En el acto el rey dijo:

—Está bien pensado lo que decís, y enseguida quiero resolver que se haga allí alguna cosa buena.

Y volviéndose á mí, comenzó á preguntarme sobre lo que me parecía que debiera hacerse para aquella bonita fuente. Acerca de aquesto propuse algunos caprichos míos; también Su Majestad emitió su parecer. Luego me dijo cómo quería ir á espaciarse por quince ó veinte días á Saint-Germain-en-Laye (1), á doce leguas de París, y que entre tanto hiciese yo un modelo para aquella su hermosa fuente con las más ricas invenciones que yo supiese, porque aquel lugar era el mayor recreo que tenía en su reino; por ese motivo me mandaba y rogaba que me esforzase por hacer algo de bueno, y otro tanto le prometí. Al ver el rey tantas obras delante, dijo á madame de Etampes:

—Jamás he tenido hombre de aquesta profesión que más me plazca ni que merezca ser más premiado que aqueste; por ese motivo es necesario pensar en retener-

(1) Pequeña y amenísima ciudad con Palacio Real, distante doce millas, y no doce leguas de París, como dice Cellini.